

Rafael Ruiz González: "Del amor y la ceniza", poesía como laberinto

No, no es tan corto artista Rafael Ruiz González, como él se confiesa, a tenor de la publicación de *Del amor y la ceniza* (Edición del autor. Santaella, 1991), cuya exquisita edición está porticada por la tan genial mano dibujante de Ginés Liébana. Título y portada suscitaron en mí un sentimiento de atracción y me convocaron a una lectura ávida de sus poemas. Este deseo fue más irresistible porque me era un autor desconocido. Y entrado en su interior, vi cómo esta escritura poética se orientaba hacia una precisa y determinada tendencia estética: la intimista y voluptuosa cuyo cauce se nutre de la mejor poesía erótico-amorosa, según prueba un estudio intertextual y comparado. Pero, por encima de encasillamientos estériles -aunque metodológicamente necesarios-, se descubre una voz fresca, donde Eros y Amor campean entusiasmados, juveniles y lozanos en

bastantes de los treinta y uno poemas que constituyen la obra, pese a un cierto desencanto final. Rafael Ruiz González no se ruboriza, por tanto, al cantar su mundo interior, si bien en solidaridad con los demás, porque la única luz que le guía es el "Amor, látido del Universo". En este sentido, nuestro poeta se aleja de aquellas otras direcciones líricas actuales de pasmosa aridez poética.

Del amor y la ceniza se caracteriza, sobre todo, por ser la expresión de una historia con doble fondo: el placer y la celebración de los cuerpos y la tristeza por la pérdida del instante, comunicada unas veces con tonos himnicos y elegíacos, otras. Dicho decurso solitario y solidario se abre con el poema "Brindis", que crea la atmósfera necesaria en que se van a desenvolver los mejores poemas del libro. (Otros poemas son extemporáneos y con evidentes fa-



mentos cenitales. A "Brindis" le siguen cinco sonetos que, al modo clásico, desafían la brevedad del amor, la fugacidad de la vida y la pérdida de la memoria. Estos poemas adquieren ocasionalmente un cariz metafísico e ironía quevedesca, de los que también participan "Laberinto", "Quisiera ser nieve", "Solazo", "De locura", etcétera. El contrapunto a esas piezas lo ponen, entre otras "Testigos", "Por la Ribera", "Insinuación", "Jugando a la rueda", "Erótica", etcétera..., que nos relatan, en sustancia, tiempos y espacios donde tuvieron lugar el encuentro, la unión y la ausencia amorosos. Para cantarlos, el autor se ha servido del discurso narrativo, dialógico y de la enunciación, en feliz correspondencia de planos, como manifiestan los ritmos romanescos y cancioneriles. Lenguaje popular, pues, elevado de nuevo a categoría poética. La razón última que da sentido unitario a la mayor parte de los poemas es su filosofía subyacente, que no es otra que ésta: la poesía, como la vida, es un laberinto de espejos cuyos extremos los une el Amor, siendo la Belleza la fuerza que ocupa el espacio intermedio.

JOSE M. DE LA TORRE